

Mensajes en el IV Centenario de San Pedro Claver

1. DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

A conclusión del año claveriano, que ha significado para vosotros un nuevo enriquecimiento en la fe, os disponéis a celebrar solemnemente en Cartagena, junto a la Casa-Santuario que guarda las reliquias del Santo, el Cuarto Centenario del nacimiento de San Pedro Claver.

Mucho me hubiera agrado poder acceder a vuestros deseos y encontrarme en medio de vosotros en esta ocasión, para unirme al homenaje tributado a esa insigne figura eclesial, a la que profesáis tanto cariño y devoción.

Las múltiples ocupaciones de mi servicio a la Iglesia universal no me han permitido, sin embargo, una presencia física; pero no por ello es menos intensa mi participación afectuosa y cordial en esas manifestaciones de fe, en las que estoy espiritualmente unido a vosotros y visiblemente representado por el amado cardenal Bernardin Gantin, mi enviado especial.

Permitidme que os exprese ante todo mi profunda admiración por este ejemplar religioso de la Compañía de Jesús, un preclaro colombiano nacido en España, a quien mi predecesor León XIII dedicó tan merecidos elogios.

A pesar de los cuatrocientos años que nos separa de su nacimiento, su mensaje y ejemplo conservan una gran actualidad en nuestros días. El, animado por el amor sincero y universal que distingue al verdadero seguidor de Cristo, se hizo “el esclavo de los esclavos negros para siempre”, a ellos consagró sus mejores energías, en defensa de sus derechos como personas y

como hijos de Dios consumió su existencia, y en una prueba heroica de amor al hermano entregó su vida.

Pero san Pedro Claver no limitó el horizonte de su labor a los esclavos, sino que lo extendió con prodigiosa vitalidad a todos los grupos étnicos o religiosos que sufrían la marginación. ¡Cuántos prisioneros, extranjeros, pobres y oprimidos, además de los trabajadores esclavos en la construcción, en las minas y haciendas recibieron su visita, su aliento y consuelo!

En un ambiente duro y difícil, en el que el derecho del ser humano era violado sin escrúpulos, San Pedro Claver gritó valientemente a quienes los dominaban que aquellos seres oprimidos eran iguales a ellos en su dignidad, en su alma y en su vocación trascendente.

Con profundo sentido pedagógico, con tacto de sociólogo integral, al marginado le infundió la conciencia de su dignidad, le hizo apreciar el valor de su persona y del destino al que Dios, Padre de todos, le llamaba. Así rompió las barreras de la desesperación; así sembró la esperanza; así fue transformando una realidad injusta, sin predicar caminos de violencia física o de odio; así fue creando un lazo de unión entre razas y culturas.

En nuestro mundo de hoy, que proclama con insistencia el respeto de los derechos humanos y que tanto sigue necesitando la real observancia de los mismos en muy diversos campos, el ejemplo de San Pedro Claver ofrece un luminoso punto de referencia, como eminente defensor de esos derechos y por los medios empleados en ello.

A vosotros, amados hermanos de Cartagena y de Colombia entera, que tenéis la dicha de poder considerarlo como especialmente vuestro, os sirva él de aliento y guía, de inspiración en la vida personal, profesional y social. Quiero señalaros demás otra faceta particularmente significativa de su vida: él es el hombre de la entrega, en una vocación sacerdotal para los demás. En efecto, ante las necesidades apremiantes que descubre en torno a sí, él no se reserva, sino que se ofrece enteramente a los otros, para tratar de aliviarlos y liberarlos de su opresión y para darles la dimensión completa de su existencia.

Viendo los resultados estupendos conseguidos, con frutos que solo un amor limitado y sólidamente fundado en Dios es capaz de alcanzar, nos damos cuenta de hallarnos ante una vida plenamente realizada, fecunda, digna de ser imitada.

Por eso os propongo ese ejemplo de hombre y de religioso sacerdote, para que sirva de modelo a quienes no se contentan con ideales pequeños y quieren realizarse en una generosa entrega a los demás. ¡Ojalá que, como fruto particular de este Centenario, el ejemplo de San Pedro Claver sea seguido por numerosos jóvenes, dispuestos a consagrarse a Dios y a los hermanos en una vocación de entrega total!

Sabed que os acompaño con la plegaria, para que seáis siempre auténticos cristianos, fuertes en la fe y en la caridad, promotores de paz y desarrollo en la sociedad, artífices de entendimiento mutuo, a imitación de vuestro Santo. A su intercesión os encomiendo, mientras de corazón otorgo a los queridos Hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes y religiosos —especialmente a los que atienden su Casa-Santuario— a las religiosas, seminaristas y a la entera Nación de Colombia una especial Bendición Apostólica.

2. DEL CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

América Latina ve en San Padre Claver a uno de esos hombres que han influido poderosamente en su destino. A los cuatrocientos años de su nacimiento, su figura aparece aún más digna de admiración y de imitación, por las proféticas intuiciones que lo llevaron a dedicar su vida al servicio de una raza que hoy hace parte integrante de la conformación étnica de nuestro Continente. Colocado por la Providencia en una época en la que la institución de la esclavitud era aceptada, su espíritu profundamente evangélico y su virtud heroica crearon un modelo de caridad vivida sólo por aquellos cuya fe les hace ver luminosamente en cada hombre la imagen de Dios. El mensaje de su vida constituye para el mundo actual un motivo de muy seria reflexión.

San Pedro Claver pertenece al innumerable ejército de misioneros enviados por España a estas tierras de América que, descubiertas hacía poco más de un siglo, apenas comenzaban a incorporarse a la civilización. Formado dentro de la austera disciplina de la Compañía de Jesús, otro santo que fue su maestro y compañero, San Alonso Rodríguez, previó para él un futuro de santidad, “porque allá en las Indias tendría que padecer mucho”. Este anuncio se cumplió con creces. Enviado al Nuevo Reino de Granada, vivió unos pocos años en algunas ciudades de la altiplanicie y luego fue destinado a Cartagena de Indias, en donde recibió la ordenación sacerdotal en 1616. En aquella ciudad, puerta de entrada a vastas regiones del Continente, Pedro Claver conoció por experiencia el activo tráfico de esclavos africanos, cuyos horrores nos han transmitido las crónicas de aquel entonces. En 1622 el Santo jesuita descubrió su vocación y desde ese momento su vida adquirió un rumbo definitivo: de ahí en adelante habría de profesarse “esclavo para siempre de los esclavos africanos”.

La trata de esclavos, surgida a raíz de la legislación de los reyes españoles en protección de los indígenas americanos, revestía ya en aquellos días características de problema religioso y sociológico que habría despertado la inquietud de los misioneros. Testigo de esto es el P. Alonso de Sandoval, también de la Compañía de Jesús y quien vivió por largo tiempo en Cartagena, cuyos escritos sobre el tema son una verdadera denuncia de las inhumanidades de que eran víctimas los esclavos provenientes de Africa y ofrecen lo que hoy llamaríamos un plan pastoral para su evangelización. La sabia obra del P. Sandoval sirvió de base a San Pedro Claver para su inmensa tarea de caridad y de entrega a los desamparados.

Pedro Claver es el modelo del hombre consagrado por completo al servicio de un propósito evangélico: dar a los esclavos la libertad de Cristo. No poseemos escritos del Santo que nos permitan esbozar una teoría de su acción, pero ésta es lo suficientemente elocuente para mostrarnos por sí misma las raíces profundamente espirituales en que se nutrió. Quien por aquellas épocas se entregara a un apostolado semejante, tenía ante todo que enfrentarse a una mentalidad ambiente que veía en la trata de esclavos un factor indispensable para la economía colonial.

El esclavo era un objeto. Sin embargo, la visión de fe de Pedro Claver le hacía ver en aquella masa maltratada, despreciada y enferma la presencia y las exigencias del alma inmortal, redimida por Cristo. En nuestros días, después de siglos de reivindicaciones, afirmamos espontáneamente que “tiene que revalorarse entre nosotros la imagen cristiana de los hombres”, y que “la dignidad del Hombre verdaderamente libre exige que. . . como ser espiritual, se libere de cualquier esclavitud” (Puebla 321, 324). Pedro Claver ya era consciente de esto, inspirado en palabras fundamentales de la verdad cristiana: “Cristo Jesús, que se entregó como precio de la libertad de todos. . . me ha nombrado pregonero y apóstol para enseñar a los paganos la fe y la verdad” (1 Tim 2,7).

La predicación y la obra liberadora de San Pedro Claver se sitúan en el más alto nivel de la autenticidad cristiana. No se dedicó este apóstol —como lo harán discípulos suyos— a refutar los argumentos en que se pudiera apoyar la pretendida legitimidad de la esclavitud, ni su acción se dirigió a combatir unas estructuras que eran evidentemente injustas. Aceptó el hecho presente, previendo quizás en el fondo de su corazón que un día la evolución de las leyes habría de reconocer a los negros la dignidad y la libertad que ya había otorgado a los indios. Entre tanto, entendió que la caridad lo urgía a implantar, dentro de la servidumbre jurídica, la libertad que aquellos seres sojuzgados podían obtener. Como San Pablo, superó el problema de las instituciones existentes para no frustrar la gracia del Evangelio que se ofrece a todos: “El que recibió la llamada del Señor siendo esclavo, es un liberto del Señor, igualmente, el que era libre cuando recibió la llamada, es un esclavo de Cristo” (1 Cor 7, 22).

Para la Iglesia de América Latina, el ejemplo de Pedro Claver, como el de tantos otros santos que están en el origen de su historia cristiana, constituye un motivo más para comprobar la verdad de las palabras de Juan Pablo II en Puebla, cuando pidió la reafirmación inequívoca de la fe de la Iglesia: “La fe que ha informado vuestra historia y ha plasmado lo mejor de los valores de vuestros pueblos” (Discurso inaugural, 1.5.). Por ello, la consideración de la vida de los santos conserva una vigencia inagotable: la de aquellos hombres en quienes el ideal evangélico se encarnó de manera eminente, y quienes con su acción y su enseñanza nos orientan en momentos de cuestionamiento o de incertidumbre.

No fue San Pedro Claver una figura solitaria cuya obra hubiera conge-
nizado y terminado en él. Su vida heroica y admirable creó una tradición y una
conciencia: la Iglesia prosiguió y consolidó su actividad evangelizadora entre
las poblaciones de origen africano y, dentro de lo que es dable conocer, la
sociedad colonial hispánica mitigó los rigores de la esclavitud, abriendo en
esa forma el camino para que la raza negra se asimilara hasta formar parte
de la realidad étnica del Nuevo Continente.

Indudablemente la gigantesca caridad de Pedro Claver está integrada en
la raíz de la pacífica convivencia racial que es característica de los países
latinoamericanos. Sería aventurado afirmar que, gracias también a la lección
de este Santo, la conciencia mundial ha podido entender en toda su fuerza y
alcance las palabras recientes del Papa Juan Pablo II. "Querría suscitar en el
hombre, mi hermano, que quizá me escucha, el sentido del auténtico respeto
y de la dignidad del hermano africano". (Discurso al Cuerpo Diplomático
acreditado en Kinshasa, Mayo 3 de 1980). Con razón se ha podido decir que
San Pedro Claver dió la libertad a toda una raza.

La celebración del cuarto centenario del nacimiento de San Pedro Cla-
ver nos coloca ante la obra estupenda de un hombre que, en los treinta y
ocho años de su vida sacerdotal, catequizó y bautizó a trescientos mil esclavos,
se inclinó sobre todas las formas de la miseria y del dolor y, con su vida
sacrificada, contribuyó poderosamente a perfeccionar la unidad de la familia
humana y del pueblo de Dios, conforme a las palabras del Apóstol: "A
todos nosotros. . . , esclavos o libres, nos bautizaron con el único Espíritu
para formar un solo cuerpo" (1 Cor 12, 13).

En nuestra época de libertades aparentes y de servidumbres reales, pero
época también de renovación y de reafirmación de la fe cristiana, el mensaje
de San Pedro Claver nos trae un nuevo aliento de optimismo, de esperanza y
de amor. "Todo es posible para el que tiene fe" (Mc 9, 22); todo, aun lo
más árduo, lo más difícil, lo que parece rebasar las posibilidades humanas.
Prueba de ello son los elegidos de Dios, los santos, "quienes nos enseñan
que. . . el Evangelio, en su plenitud de gracia y de amor, se vivió y se puede
vivir en América Latina como signo de grandeza espiritual y de verdad
divina" (Puebla 7).

San Pedro Claver es un insigne ejemplo. La Iglesia de América Latina
agradece a Dios el regalo extraordinario que le hizo al traerlo hasta sus playas
y entregarle en su persona un modelo luminoso de fe profunda y altísima
caridad.

3. DEL EPISCOPADO COLOMBIANO

El próximo 26 de junio la Iglesia Colombiana celebrará el cuarto cen-
tenario del nacimiento de San Pedro Claver, figura excepcional en la historia
de la Iglesia y de la Patria! El Santo Padre, a fin de realzar la conmemoración

centenaria, ha delegado como Enviado Especial al señor Cardenal Bernardin Gantin, nacido en la República Popular de Benín (antiguo Dahomey), de donde también vinieron esclavos a los puertos de la América Española, especialmente a Cartagena, cuando Pedro Claver desarrollaba allí su más intenso apostolado. De este modo, un Cardenal de la Iglesia, de neta estirpe africana, precisamente ahora presidente de la Comisión Pontificia para la promoción de la Justicia y de la Paz, trae consigo el homenaje del Papa y de las fervorosas comunidades católicas de Africa al Santo que hace 400 años nació para consagrar toda su existencia al servicio de una raza, atropellada entonces en sus derechos humanos.

Sentido de esta celebración

Con esta celebración centenaria en Cartagena, en la que tomaremos parte los Obispos de Colombia, así como numerosos sacerdotes y millares de católicos, daremos gracias al Señor por habernos regalado este Santo incomparable, en la confianza de que las celebraciones conmemorativas estimulen el espíritu evangelizador de nuestra Iglesia y despiertan en muchos corazones juveniles el deseo eficaz de entregarse, en el ministerio sacerdotal, al servicio de Dios y de los hermanos más necesitados.

La Iglesia ve y ama en los Santos la obra y la presencia de Cristo. En nuestra familia católica los Santos son testigos atrayentes del plan salvador de Dios: al reflejarse en ellos un destello divino sobre rostros parecidos a los nuestros, nos invitan a buscar cada vez más esta semejanza con Dios, o a volverla a encontrar si se ha perdido.

La época de Claver

La vida de San Pedro Claver coexistió con un período histórico colmado de miserias humanas y de grandezas espirituales. Los grandes descubrimientos geográficos realizados por algunos países europeos produjeron la expansión de un sistema inhumano de explotación del hombre: la esclavitud. A lo largo de tres siglos, millones de africanos fueron deportados, contra toda justicia, a las tierras de las Américas, como fuerza de trabajo para las minas, las plantaciones y las factorías.

Los barcos negreros transportaban seres humanos colmados de tristeza y desesperación para ser negociados como simples objetos. Muchos morían en la travesía desde las costas occidentales de Africa. Otros enfermaban gravemente y desembarcaban casi moribundos en los puertos. Por cartagena eran introducidos a la América Española entre cuatro mil, diez mil y aun trece mil, por año, durante la época de mayor actividad. Hacinados en los barcos, venían hombres, mujeres, jóvenes y niños. Tal fue la realidad monstruosa que San Pedro Claver contempló a su llegada a Cartagena en 1616.

Frente a ese horizonte de degradaciones humanas, la Iglesia presenta, aun dentro de ciertas limitaciones de óptica social, una época de grandeza espiritual. Un vigoroso esfuerzo de renovación interior venía acompañando su marcha desde hacía ya medio siglo. Después de una época sombría, la Iglesia Católica había entrado de lleno en un clima de auténtica reforma. La vida de San Pedro Claver coexistió también con la presencia de grandes Pontífices, de Obispos reformados, de místicos profundos, de santos entregados totalmente al servicio de los pobres, de los enfermos, de los encarcelados. Coexistió con la vida de innumerables mártires de la fe en Europa, en América, en la India y en el lejano Japón, y sobre todo con el ejemplo de excelentes misioneros que gastaron su vida en el empeño evangelizador de nuestra América Latina.

El Hombre

Quién fue Pedro Claver? Hace 400 años nació en el pequeño pueblo de Verdú, en la provincia de Cataluña, en España, de honrados padres, trabajadores del campo. En su partida de bautismo, el párroco escribió estas palabras: “Dios le haga un buen cristiano”. Dios no solo le hizo un buen cristiano, sino un gran santo. A los 22 años de edad entró en la Compañía de Jesús, y a los 30 se embarcó para la Nueva Granada, en donde Dios le tenía reservado un puesto de excepción entre los más grandes misioneros de la Iglesia. Después de residir y trabajar pocos años en Santa Fe de Bogotá y en Tunja, partió para Cartagena, donde recibió la ordenación sacerdotal y, después de haber evangelizado y bautizado a más de 300.000 africanos, arrancados de sus tierras nativas por la iniquidad humana, falleció en 1654.

Al pronunciar sus votos solemnes de religioso firmó su texto con palabras que lo han caracterizado en la historia de los Santos: “Pedro Claver, esclavo de los Africanos para siempre”. Mantuvo su compromiso y su palabra hasta la muerte, a raíz de la cual se enviaron a la Sede Apostólica innumerables instancias de Obispos, de parroquias, de ciudades, tanto de la América española como de Europa, para que la Iglesia proclamara santo a este incomparable apóstol de los africanos esclavizados. La voz unánime confirmada por juramento de 154 testigos que depusieron en el primer proceso realizado en Cartagena, reconoce el heroísmo insuperable de su abnegación y de su caridad. “De cuantas vidas de Santos he leído, ninguna me ha admirado y conmovido más”, afirmó el Papa Pío IX que lo beatificó en 1850. En 1888 fue proclamado santo por su Santidad León XIII, a quien se atribuye el testimonio: “Después de la vida de Cristo, ninguna ha conmovido tan profundamente mi alma como la del gran apóstol San Pedro Claver”.

El Apóstol

Casi 40 años de trabajo en la Cartagena del Siglo XVII, se enuncian en pocas palabras. Otra cosa es repasar en nuestros tiempos de comodidad y de

técnica cada día de aquella existencia sobrehumana, trabajando sin descanso desde el amanecer hasta la noche, atendiendo toda miseria, todo llanto, toda enfermedad, toda necesidad de los esclavos negros. San Pedro Claver fue un hombre de los hechos concretos. Su sola vida constituye una denuncia cristiana de las injusticias e iniquidades de los hombres. Visitaba continuamente los hospitales, Lavaba y curaba con sus manos las llagas de los enfermos negros. Envolvía y trasladaba en su capa los cuerpos heridos por la peste y por la lepra. Se ingeniaba de continuo para que no faltara a los esclavos, que iban desembarcando demacrados y abatidos por la crueldad del trato y de la navegación, el refresco, el tabaco, las golosinas, el agua limpia. Hubo enfermos repugnantes, aislados de la sociedad, a quienes visitó casi diariamente, durante largos años. Yendo y viniendo por las calles o contornos de Cartagena, caminaba tres y cuatro leguas cada día, en medio del calor sofocante, sin concederse un momento de reposo.

Cuando estimaba que los negros habían entendido los rudimentos de la fe y que estaban comprometidos para vivir según sus exigencias, San Pedro Claver gustaba de administrarles personalmente el bautismo, con sobria solemnidad. Sus biógrafos ponen de relieve esta actitud del sacerdote y del apóstol: se atenía puntualmente a las prescripciones litúrgicas de la Iglesia en la administración de los Sacramentos y en la piadosa celebración de la Misa. Pasaba igualmente largas horas en el confesonario, y aunque en Cartagena lo buscaba toda clase de personas para la dirección espiritual y la confesión, él daba siempre preferencia a sus amados negros.

No obstante las incomprendiones y silencios, San Pedro Claver fue amado intensamente por todos: lo acogían con alegría y con afecto los niños, los enfermos y especialmente los leprosos. El, por su parte, era comprensivo y tolerante con los nuevos convertidos. Es humanizante y educadora su actitud en un tiempo en que se vigilaban las costumbres con rigurosa severidad: permitía que sus africanos, alegres y festivos por temperamento, se entregaran a bulliciosas expansiones, pero no transigía con la degradación de las costumbres cristianas. Cuando ocurría que algún criminal debía pagar con la vida sus malas acciones, Pedro Claver asistía a quien iba a ser ajusticiado. Ningún fracaso humano escapó a su solicitud. A nadie excluyó de su afecto sacerdotal y cultivó sincera amistad con muchas personas y familias acaudaladas de Cartagena, a quienes vinculó, merced a los bienes que poseían, al apostolado con los necesitados.

La figura de San Pedro Claver se presenta a nuestro tiempo como de un comprometido radicalmente en la defensa de los derechos del hombre. Pero precisamente el éxito de su obra ha de explicarse porque entendió la radicalización con dimensión estrictamente evangélica. Fue apóstol de infatigable actividad pero al mismo tiempo de continua oración. Cada noche empleaba cuatro o cinco horas en hablar con su Dios. Meditaba de preferencia en los misterios de la Pasión de Cristo, que veía repetirse en el sufrimiento de los esclavos. Sus ojos y su corazón permanecían fijos en el Crucificado de quien sacaba valor y fortaleza para no desmayar en las enormes dificultades de su apostolado.

Como todos los santos de la Iglesia, amó con ternura a la Virgen María. Quiso celebrar su primera Misa frente a la imagen de "La Virgen del Milagro" que desde Antioquia había llevado a Cartagena su predecesor y compañero en la evangelización de los africanos, el Padre Alonso de Sandoval, y, cuando anciano ya, le preguntaban por el Santuario y la Virgen de Monserrat, que de niño había visitado muchas veces en su provincia natal, no podía contener las lágrimas por la emoción de sus recuerdos.

Mensaje de San Pedro Claver

Llegado a Colombia en la etapa de la primera evangelización del Continente, evangelizador intrépido de una raza deprimida, se yergue en este cuarto centenario para estimular la consigna evangelizadora de Puebla: "Nuestra evangelización está marcada por algunas preocupaciones particulares y acentos más fuertes:

— La redención integral de las culturas antiguas y nuevas de nuestro continente, teniendo en cuenta la religiosidad de nuestros pueblos;

— la promoción de la dignidad del hombre y la liberación de todas las servidumbres e idolatrías;

— la necesidad de hacer penetrar el vigor del Evangelio hasta los centros de decisión, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida social y política" (Puebla, 342-345).

En su momento Pedro Claver supo dar la batalla liberadora de oprimidos, no se gastó en denuncias estridentes y estériles, sino que supo descubrir en el doliente el rostro de Cristo y, al romper las ataduras de los espíritus, desencadenó el proceso que libertó a una raza en forma irreversible. Sin embargo, la liberación total de la raza negra en nuestro país no se ha cumplido aún. El ejemplo admirable de San Pedro Claver nos estimulará a proseguir su denodado empeño.

Para quienes contemplamos el cuadro deprimente de las nuevas opresiones y vivimos la angustia lacerante de los conflictos sociales, que a veces parecen insuperables, Pedro Claver se torna clave luminosa para comprender que no será compitiendo con los sistemas demagógicos de la hora como podrán romperse las cadenas de la explotación social, sino sirviendo al hombre total, con el ardor invencible de Claver, hasta hacer que todo hombre comprenda que el llamarse y ser hijo de Dios es suprema dignidad que derrumba ídolos y opresores cuando se aplica hasta sus últimas consecuencias.

Para la humanidad actual, particularmente sensible al atropello de los derechos humanos, surge iluminadora y subyugante la figura de Pedro Claver, quien luchó hasta el fin denodadamente en la defensa de tales derechos, ense-

ñando al mundo con su comportamiento heróico cómo se debe apreciar, respetar, defender y honrar toda persona humana.

Quiera Dios que esta conmemoración centenaria, además de recuerdo luminoso y conmovedor, sea compromiso para cada colombiano de apropiarse en su circunstancia de las calidades de hombre, de cristiano, de héroe y de apóstol, que hicieron grande y trascendental la vida y obra de San Pedro Claver.